

RESEÑA

DAVID LE BRETON, *DISPARAÎTRE DE SOÍ. UNE TENTATION CONTEMPORAINE*. PARIS: ÉDITIONS MÉTAILIÉ, 2015, 208 PÁGS.

Ana B. López Vega

UNED

anaezga@hotmail.com

¿Quién no ha deseado en alguna ocasión dejar de ser uno mismo? Esta es la pregunta de la que podríamos servirnos para comenzar la lectura de las páginas que el sociólogo David Le Breton nos ofrece en esta obra. Todos hemos vividos circunstancias en las que la exigencia de ser quienes somos nos resulta excesivamente grave. Tanto que queremos alejarnos, al menos durante un tiempo. Podemos intentar llevar a cabo tal hazaña dedicándonos a tareas en las que quedar relegados a un segundo plano. Esa ausencia de uno mismo puede realizarse en términos lúdicos. Nos tomamos vacaciones de nosotros mismos. Se produce una disociación consciente de aquello que somos. Renunciamos temporalmente a nuestras responsabilidades, nuestro lugar de trabajo o nuestro rol familiar para realizar actividades que eximan a nuestra identidad de la necesidad de estar presente¹. Nos adentramos en nuestras aficiones, en horas llenas de atención hacia los otros o hacia situaciones que nos complacen y nos enriquecen. Sin embargo, cada vez con mayor frecuencia, esa tendencia se desliza hacia una forma de resolución más desafortunada. Se trata, entonces, de un desaparecer que se aparta de los vínculos sociales, de los otros y de uno mismo. Renunciamos, sobre todo, a nuestra identidad.

Siguiendo la estela de su obra *Du silence* (Le Breton, 1997), donde el reverso de la comunicación manifiesta la ausencia de la palabra, pero no de significado, Le Breton

¹ Algunas de esas actividades habrán de ser por ejemplo la marcha o el senderismo cuyo auge ha ido en aumento en los últimos años. El propio David Le Breton en su *Éloge de la marche* recuerda cómo diferentes autores propiciaron esta alabanza del paseo y de la posibilidad que éste nos ofrece para renunciar a lo que somos durante aquellos momentos en los que hallamos un retiro lejos de nuestra vida social.

desgrana un repertorio de circunstancias que irán desde la indiferencia hacia uno mismo y los demás, hasta la forma en la que determinados personajes “desaparecen” en la literatura, pasando por la ficción que construimos de nuestro propio ser.

Tratando de desarrollar un argumento que tenga presente tanto las condiciones afectivas como sociales del sujeto, el sociólogo recorrerá algunas de esas formas de retirada y sus posibles causas. Para seguirle en este recorrido habremos de comenzar por aprehender la idea de *blancura*, a la que el autor se referirá en numerosas ocasiones, mostrándose así como eje de la reflexión llevada a cabo a lo largo de la obra. «En lo que sigue, llamaré blancura a un estado de ausencia de sí más o menos pronunciado, a un cierto despedirse del propio yo, provocado por la dificultad de ser uno mismo» (Le Breton, 2015: 15).

La blancura se sugiere como el destino, como el objetivo (que no la causa) de tal desaparición. Vivimos tentados por la blancura hacia la que nos dirigimos cuando determinados acontecimientos (una separación, una pérdida cercana, un trabajo que nos frustra) se alían hasta llevarnos a una situación agotadora. Seguramente es una situación que no sabemos gestionar, pero sobre todo, que no queremos continuar gestionando. Queremos dejar de ser quienes somos para convertirnos en un individuo más. El camino, en tales circunstancias, no es fácil. De hecho es un recorrido doloroso, ya que será aquel en el que dejemos de ser *una* persona para ser únicamente persona, o lo que es lo mismo, aquel recorrido en el que perdamos el *rostro*. Porque de lo que en este ensayo nos habla Le Breton es, sobre todo, de una pérdida de la identidad. Sucumbimos en el rechazo intencional de la misma y en la necesidad extenuante de representarnos continuamente en ella.

En esta obra se percibe además que los límites antropológicos que rastrea Le Breton van mucho más allá del problema existencial al que, inicialmente, parecen acercarnos. Y es que aquello a lo que renunciamos no está vinculado únicamente a nuestro propio ser, sino que se encuentra igualmente relacionado con el desapego de la comunidad que sostendrá (independientemente de que lo deseemos o no) parte de nuestra identidad. La sociedad, nuestro entorno más cercano, nos significa tanto como nosotros a él. Es un espejo en el que nos proyectamos y que, a su vez, devuelve matices y significados que fuera de ese reflejo no podemos abarcar. Con otras palabras, nos construimos apoyándonos en los valores y criterios que rigen nuestra existencia, valores sobre los cuales habremos de formar nuestra subjetividad y autonomía, al mismo tiempo que habrán de perfilar la relación que establezcamos con nuestra realidad social más inmediata.

Así, en una sociedad cuyos vínculos se vuelven cada vez más superficiales, efímeros

y extraños, no resulta sorprendente que el individuo carezca de los recursos necesarios para construir un mundo tanto interior como exterior en el que se distinga su lugar. Es tal carencia la que contribuye, principalmente, a que el sujeto renuncie a seguir luchando y desee desaparecer. La vida actual favorece la impersonalidad y la indiferencia. Las nuevas formas de comunicarnos nos han unido al mismo tiempo que han redefinido nuestra individualidad, acentuándola al ofrecernos la posibilidad de reinventarnos a nosotros mismos en otros espacios públicos (véase, cualquier red social). Pero dirigir nuestra mirada hacia una pantalla supone desviarla de la realidad en la que podríamos encontrar a la persona que se sienta a nuestro lado.

Debemos detenernos, porque así lo hace el sociólogo, en las páginas dedicadas a la juventud y la vejez por tratarse de etapas que han de ser observadas con mayor atención. Las circunstancias que acompañan a estos dos periodos de la vida pueden propiciar nuestro deseo de desaparición. Ya sea por la intensidad de las vivencias que experimentamos o por el desplazamiento que provoca sentirnos en una despedida continua (de trabajo, familiares, situaciones sociales, amigos, etc.), la adolescencia y la tercera edad favorecen un camino en el que nuestra identidad se difumina. El universo virtual, ciertos trastornos alimenticios o determinados juegos que aspiran al síncope de manera intencional, son ejemplos de las fórmulas que los jóvenes utilizan para llegar a la blancura.

Tal vez algo más controvertida sea la reflexión en la que se equiparan determinadas formas de desaparición con enfermedades propias de la ancianidad, como la demencia senil o el alzhéimer, en la que la renuncia es más de un “dejarse ir”. O aquella otra que señala el vínculo entre las ausencias y la frecuencia con que éstas ocurren entre las paredes de los centros psiquiátricos. En efecto, son formas de desaparición (en ningún caso novedosas) sobre las que se podría cuestionar el grado de voluntad que acompaña a la acción del individuo, y que sí se encuentra claramente presente en otras de las figuras presentadas en el libro.

Y es que esta dificultad de soportar nuestra existencia no es nueva. La responsabilidad de tener que sobrellevar nuestra propia vida y representarnos en ella permanentemente nos ha acompañado a lo largo de nuestra historia. David Le Breton nos ofrece un gran número de ejemplos reales y literarios donde personalidades y escritores se adentran en el universo de la desaparición y del abandono de uno mismo. Robert Walser, Herman Melville o Paul Auster son algunos de esos autores que han ideado personajes que se encaminaban hacia la renuncia de sí mismos. Igualmente, la cultura japonesa nos ofrece constantes muestras literarias y cinematográficas, sirvan como ejemplo H. Murakami o K. Kurosawa, en las que los protagonistas se apartan de sus vínculos sociales tal y como

parecen hacerlo los jóvenes adolescentes de su sociedad actual. En otras ocasiones, lejos de relatos o novelas, el procedimiento que sigue el individuo es, literalmente, el de marcharse sin dejar dirección alguna y sin más dificultad (que no es poca) que la de borrar su propio rastro. Quizás el caso más ilustrativo lo encontremos el físico Ettore Majorana, cuya desaparición aún resulta desconcertante.

Pese a ello, enfrentados a todas estas posibilidades para abdicar de la tarea de ser uno mismo, el autor concluye con una lectura que pretende ser positiva al tratar de recordar que tales ausencias suelen producirse de forma temporal. Pasado un tiempo, volvemos (seguramente algo renovados, algo redefinidos) a encontrarnos con nosotros mismos y a ocupar el lugar que a nuestra identidad le corresponde. Y es que no se trata de recopilar sucesos extraordinarios, sino de recordar que existen caminos (la escritura, la lectura, el viaje, etc.) donde la blancura encuentra su cara más amable, pudiendo encontrarla y volver de ella con apreciaciones que no sólo legitimarán, en cierta medida, nuestra huida, sino que enriquecerán el reencuentro con la persona que somos y con aquellos que anhelan nuestro regreso.